

Mundo-hecho.

Mundo, objeto y sujeto.

Luis Montero

“Has nacido mortal, has parido mortales”.
Séneca. Consolación a Marcia.

1. Lo hecho ha sepultado a lo dado.

1.1. El mundo está revestido con el resultado de nuestras acciones. Literalmente: todo, todo está cubierto por objetos hechos. Estamos rodeados. La Materia, aquella sustancia extensa escolástica, ha sido procesada. La profusión del objeto es un nuevo absoluto. Nada comestible, bebible o respirable es tal y como era originalmente: comemos transgénicos, bebemos aguas tratadas con cloro y flúor y respiramos aires acondicionados. Y así con todo. Acaso ya ni siquiera sea posible sino recordar aquel estado original, primigenio de las cosas. Vestidos, sonidos, percepciones, incluso las enfermedades padecidas y los desastres naturales sufridos son el resultado de la obra del ser humano. Todo es obra suya. Quizá esta no sea ya la primera generación a la no le queda tierra sin hollar; pero sí es seguro que es la primera que sobre aquel suelo virgen ha tejido un manto que lo cubre todo. Nada es ya lo que fue, todo está hecho. Todo ha sido elaborado. Producido. Manufacturado. Administrado. Ni las flores son ya las flores inocentes, inmaculadas que se regalaban los enamorados hará apenas una cincuentena de años. El suelo, la vegetación que lo cubre y los animales que vivían de ellas y de los que vivían otros animales, incluso el humano, todo ha sido intervenido. Generado. Supervisado. Cuantificado.

La capacidad de la acción del humano, su alcance es enorme. Son muy pocas las cosas que se escapan de su hacer. Salvo lo muy grande, lo astronómico, donde aún son respetadas los ciclos solares con sus amaneceres y anohecidos, los planetas y sus órbitas o los cometas y sus trayectorias; salvo lo muy pequeño, lo cuántico, donde aún el humano no puede si no sorprenderse enredado en cuantos, saltos y M dimensiones. Pero incluso esas, las últimas acciones súper-humanas, caerán antes o después: que el conocimiento no haya descrito esos fenómenos sólo es cuestión de tiempo; entonces la ingeniería permitirá su manipulación a voluntad. E, incluso, si aún fueran las penúltimas, como así ocurrirá, esos dominios

multiplicarán la capacidad de acción del humano. Pero, por encima y debajo de esa escala, todo ya ha sido manipulado lo suficiente como para reconocerlo como obra humana. O, dicho de otra forma, para no ser reconocible como parte constituyente del mundo dado.

- 1.2. Aquella vieja polémica sobre si el humano puede acceder a la Naturaleza o si bien esta no es más que una categoría social, como afirmaba Lukács, carece de sentido en el mundo-hecho. Y no es la única polémica que el mundo-hecho desestima. Hoy es indiferente si el humano es parte de la Naturaleza o la Naturaleza es parte del humano: Naturaleza y humano son ambas partes del hecho: el hecho de que lo hecho sea el caso, todo el caso, es decir, que lo hecho lo alcance y cubra todo, marca una diferencia sustancial: nada, entonces, es ajeno al hecho de ser hecho: nada es por sí-mismo.

Hoy nada es por-sí mismo.

Todo responde al hecho de haber sido hecho. Todo tiene un punto de partida en el acto de hacer. A diferencia de lo dado, con cuyos casos sólo podíamos referirnos conceptualmente, con lo hecho nos referimos ejecutándolo. Y, lo que es más importante, esa mención ejecutante imposibilita cualquier otra relación que no se produzca en los mismos términos. O, si no la imposibilita, la convierte en inane, en estéril, que es otra forma, quizá más cruel, de imposibilidad. Se puede, sí, pero para qué.

Hoy nos referimos a todo por aquello por lo que es hecho.

- 1.3. Si todo es dado, ya no hay nada externo. Y, si no hay nada externo, tampoco hay nada interno. Al humano, el mundo-hecho se le aparece como un todo plano, total. Sin frontera.

2. Todo objeto del mundo-hecho es el efecto de un hacer.

- 2.1. La elaboración es la condición de existencia en el mundo-hecho. Algo es porque ha sido elaborado.

Y hoy todo lo que es ha sido elaborado. Basta el siguiente ejercicio mental para caer en la cuenta de ello: ¿Cuántos kilómetros habría de recorrer el humano medio, habitante de una gran urbe, hasta poder pisar tierra que no hubiera sido hollada? O, más todavía: ¿Sabría encontrarla? Y, una vez hallada: ¿Podría afirmar que no es administrada cuando incluso los espacios protegidos –protegidos de la mano y las máquinas del humano– son administrados para que lo sigan siendo? Ya no es que no haya tierra virgen: la tierra que no ha sido removida por excavadoras lo ha sido por arados o rastrillos, y la que no, es depende de la gestión del humano.

- 2.2. La capacidad de elaboración del humano es enorme, casi infinita. Nunca tantos han ocupado tanto tiempo y esfuerzo a elaborar objetos. Con tanta intensidad que ha bastado apenas siglo y medio para sepultar lo dado bajo lo hecho. El mundo-hecho es la recompensa a semejante dedicación.

2.3. El hacer es sinónimo de producir. No hay hacer sin resultado. Y a ese resultado, que supone el aparecer del objeto en el mundo-hecho, se le ha llamado rendimiento.

3. Todo objeto del mundo-hecho es la causa de un hacer.

3.1. El objeto ha perdido su inocencia. Ya no es algo que está-ahí, independiente de su uso. Ahora todo objeto incluye su propia función; o, más aún: es su función la razón por la que está-ahí. El uso es la norma y normaliza el mundo-hecho.

3.2. Todo hacer está mediado por un objeto. El objeto con que se hace, además, anticipa el resultado, el rendimiento del hacer.

Todo hacer en el mundo-hecho es el efecto de un usar.

4. Ejecución es justificación de que algo sea en el mundo-hecho.

5. En el mundo-hecho sólo es el objeto hecho. Y objeto hecho es isomorfo con la Idea. La idea es el objeto y el objeto es la Idea. No hay ruptura ni formal ni estructural entre el objeto y la idea del objeto.

5.1. Cosa y representación son lo mismo. Todo objeto encarna literalmente la idea de ese objeto y todos los objetos de una misma idea son iguales entre sí. Esta adecuación perfecta define el mundo-hecho. La implantación generalizada de las técnicas de diseño y de producción han posibilitado tanto la producción en masa de objetos, millones de versiones idénticas de un mismo objeto, sí, pero también que cada objeto producido sea idéntico, a su vez, a la idea de ese objeto.

O, mejor dicho, en el mundo-hecho todo objeto incluye su representación. El cómo se nos muestra. La fenomenología mediada para representar exactamente el objeto mostrado.

5.1.1. En el mundo-hecho lo simbólico se ha convertido en objeto: es un hecho.

5.1.2. Idealismo y realismo son una y la misma cosa en el mundo-hecho
Fenomenología y realidad son una y la misma cosa en el mundo-hecho.
Objeto y significado son una y la misma cosa en el mundo-hecho.
Esencia y materia son una y la misma cosa en el mundo-hecho.

Ya es imposible distinguir entre lo «hecho» y la «representación de lo hecho». El conocimiento del objeto y el objeto mismo son la misma cosa. Por dos motivos: 1.– Por su productibilidad, idea y objeto coinciden; y 2.– Por su usabilidad, la función del objeto delimita el conocimiento-uso del objeto tanto como su conocimiento-idea.

5.2. No hay moral en el objeto dado; sí en el objeto hecho. Objeto hecho y moral son lo mismo –y no sólo porque toda acción en el mundo-hecho confluya, antes o después, en un objeto determinado y hecho, también porque todo objeto hecho impone su uso y su forma de uso.

6. El tamaño del mundo-hecho excede, con mucho, al tamaño de ningún mundo dado previo.

6.1. El mundo nunca había sido tan grande. Nunca había alojado tanto. Tal es la capacidad de producción que hay cosas por todas partes: existe una verdadera invasión de los objetos. Incontables son las cantidades de envases que cubren escaparates y expositores de centros comerciales, neveras y armarios domésticos y, por último, vertederos; interminables son los kilómetros asfaltados como autopistas y carreteras recorridos a todas horas por innumerables coches, camiones, motos o bicicletas; e incalculables son los satélites y basura espacial que yacen en órbitas geoestacionarias. Aquel viejo mundo dado ha sido convertido en el soporte sobre el que colocar la infinidad de objetos fabricados en los últimos 200 años. El mundo como una gran alacena. O mejor: como un lineal de supermercado. Un lugar donde almacenar envasados, enlatados y embalados la infinidad de objetos que nos empeñamos en producir, dispuestos para su consumo y ejecución. Tanta es la pulsión constructiva del humano moderno que ni siquiera encuentra límites en los límites del planeta: la conquista de la estratosfera por los objetos producidos es el primer paso de una nueva –nunca mejor llamada– carrera espacial. En verdad, el ser humano está aquejado de un grave problema de almacenaje.

Provisión, logística y distribución de objetos son algunos de los problemas económico-políticos más grandes del mundo-hecho.

6.2. Y, sobre todo, hemos alargado la vida humana. Son muchos más humanos, sí; y viven mucho más tiempo. Lo cual no hace sino complicar el problema de almacenaje.

6.3. Es tan grande la capacidad del mundo-hecho que engloba todas las antiguas versiones de mundos dados.

En otras palabras: el mundo-hecho alberga todas las descripciones que de mundos previos existen. El humano convive, así, con innumerables descripciones sobre el mundo. Todas son parcialmente válidas pero ninguna retrata por completo del habitar humano.

La prueba está en que no todas las formas de vida son posibles. El mundo-hecho sólo posibilita un modo de habitarlo: el hacer del mundo-hecho, su producción.

6.4. Y, por otra parte, el mundo-hecho aspira a emanciparse del mundo dado. Ser auto-suficiente.

6.5. Y como la capacidad productiva del humano tiende a aumentar a medida que la tecnología avanza y facilita su acción en el mundo, la capacidad del mundo-hecho excede constantemente a su propio tamaño –lo hecho, esclavo de la producción, es esclavo también del modelo que describía la producción: la naturaleza dialéctica del mundo-hecho.

6.6. ¿Cuánto peso puede soportar el planeta Tierra sin colapsar? Esta pregunta, imbécil seguramente, hubiera sido impensable hace tan solo unas décadas.

7. El hacer marca los límites del mundo-hecho.

- 7.1.1. Sólo el espacio, y en cierta medida el océano, escapan a lo hecho. Son el único horizonte que le resta al humano. Están más allá de lo hecho. Todo hacer en ellos es, de momento y más en el espacio, anecdótico. Aún son inasequibles a nuestro hacer. Y eso los convierte en inabarcables.
- 7.1.2. Y por inabarcables son impracticables. Nada puede hacer el humano en ellos y con ellos. O, dicho de otra forma, todo lo que el humano haga en ellos y con ellos resulta – aún– inapreciable, invisible, dado el bajo impacto de lo hecho allí. Y, por tanto, son, desde el mundo-hecho, despreciables.
- 7.1.3. Y desde ese desprecio es desde donde océanos y espacio se constituyen como exterior
- 7.1.3.1. Por eso han sido convertidos en grandes autopistas. La navegación, marítima y espacial, se ha convertido en tráfico.
- 7.1.3.2. Y por eso han sido convertidos en grandes vertederos. Las balsas de motas de plástico microscópicas en los océanos, la basura espacial, ridículas motas de polvo en esa inmensidad negra, hacen de esos espacios depósitos de una polución invisible.

Polución invisible es la invisibilidad absoluta.

En otro orden de cosas, la enfermedad, un estar también más allá del mundo-hecho, se ha mutado en invisible. SIDA, SAS, ébola son el ataque de lo ínfimo, de lo no-perceptible. Antes, la enfermedad eran los síntomas: las pústulas, las toses, las ; hoy la enfermedad es un microscópica, las bacterias y los virus. Objetos en la frontera con los que recién comenzamos a saber hacer algo.

Más allá del hacer sólo es posible la invisibilidad.

8. El tiempo del mundo-hecho es el tiempo del llegar. Y el llegar es el resultado de una acción que se da sólo como movimiento.
- 8.1. El tiempo del mundo-hecho es el tiempo del aeropuerto, para que el humano no pueda comportarse sino como transitando un aeropuerto. Y como el tránsito no requiere hospitalidad, no hace falta atender al viajero mientras el viajero está en movimiento, el humano ha hecho del mundo un espacio fundamentalmente inhóspito. El habitar, lugar de nacimiento del hábito, del que resultaba, por acumulación, el proyecto ético, ya no es posible, reducida nuestra experiencia a un transitar. El movimiento es su propio proyecto y justificación. Y en ese movimiento no hay tiempo para la hospitalidad. Nada se ha diseñado para acoger, para recibir, simplemente para proceder. Para transcurrir. Donde el suceder acontece viniendo. Las alfombras mecánicas son la mejor metáfora de este mundo móvil, en el que inmóvil, el viajero avanza. El mundo viene a él. Y, enseguida, queda atrás. Impasible en su avanzar, es un avanzar parado. De pie, pero estático, avanza.

Volar no es un viajar, es un llegar. Y, como tal, es un llegar bastante lento.

Pero, y aunque lo pueda parecer, este avanzar en quietud no es contradictorio para el mundo aeroportuario. El viajero ahí no viaja. Llega. O, mejor, el destino le llega. Viene a él. Y ese venir pasivo, ese llegar las cosas al humano, es aceptado como consustancial. No; cuando el humano se queda quieto, cuando toma asiento y deja pasar las horas, es cuando la contracción del mundo aeroportuario se manifiesta en toda su plenitud. Tan inhóspito es el lugar que, basta que el viajero tenga que esperar unas horas, para que aquellos espacios se muestren como lo que son: la antesala. Son la antesala universal. Un espacio donde el tiempo ha muerto y no transcurre; o, al menos, no lo hace mientras es el viajero el que no transcurre. Si permanece estático, esta vez lejos de la alfombra mecánica, el tiempo se hace hueco, vacío. Sin movimiento, el tiempo deja de ser; y sólo queda el aburrimiento: en el mundo aeroportuario, casi como en la totalidad del mundo-hecho, tiempo y viajero avanzan de la mano. Sin avanzar, no hay tiempo ni espacio. Y sin tiempo ni espacio, sin ese tiempo y espacio que avanzan con el avanzar estático del viajero, no hay pertenencia al mundo-hecho.

El tiempo del mundo-hecho mueve, pero nada con-mueve en el tiempo del mundo-hecho.

8.2. Nada con-mueve al humano porque lo hecho le es llegado sin que lo espere, sin desplazarse desde el presente donde es. Pero todo llegar es guiado, también producto de un hacer.

8.2.1. El humano no vive anticipándose a sí mismo, en perenne persecución de ese su Ser que es sí mismo. No, el humano absolutamente vaciado de transcendentalidad, voluntad o potencia –que son algunos de los nombres tras los que se esconde en esencialismo– yace inmóvil a la espera de que el mundo, el lugar al que ha trasladado lo que es, el venga. Le llegue.

8.2.2. Si antes se decía que, en esa persecución de sí mismo, configuraba el mundo, ahora es la configuración de sí mismo como mundo lo que le es llegado.

8.2.3. Ese llegar-del-mundo-al-humano es, quizá, la mayor expresión de la Historia del poder hacer humano.

8.3. Es cierto que satélites de comunicaciones, vuelos supersónicos intercontinentales y las retransmisiones en tiempo real lo han estrechado. Cualquier punto del planeta es accesible en menos de 12 horas si se cuenta con los medios adecuados. Se han acortado las distancias y, con ellas, los tiempos. Pero ese estrechamiento es problemático, puesto que ha hecho que el mundo crezca. Cuanto más pequeño es el mundo, cuanto menores son las distancias y los tiempos, más grande es: más cabe en él. Se habrán acortado los tiempos, pero los espacios han multiplicado su capacidad. El horizonte no es el límite de nada. No existe el límite de la tierra; Finisterre hoy no hubiera sido bautizada así. La cantidad de objetos y de información que alberga el mundo-hecho es desproporcionada en relación a la capacidad de gestión de la información del ser humano.

8.4. Los procesos, su mejora y eficiencia, han conseguido el exterminio de la temporalidad terrestre. Todo es inmediato. Instantáneo.

- 8.5. El futuro, como tal, ha desaparecido del mundo-hecho. El futuro no existe sino como el mundo-hecho en-su-presentarse-a-nosotros. El futuro se limita a cómo el mundo-hecho nos es llegado.
9. El mundo-hecho está accionado por lenguajes formales. Y, todavía más, está gestionado por lenguajes formales. Y, por tanto, descrito por lenguajes formales.
- 9.1. El mundo-hecho es absolutamente performativo. Es el mundo de la realizatividad. Todo lo enunciado por el discurso que describe el mundo es hecho. La distancia entre enunciado y hecho es ninguna. Todo lo enunciado es hecho y sólo es enunciado aquello que puede ser hecho. Sólo lo posible como acto es enunciable. El mundo-hecho se convierte así en la Verdad incontestable. Absoluta.
- 9.2. El mundo-hecho es descrito-ejecutado. El hecho de su descripción coincide con el hecho de su ejecución. Tan estrecha es la distancia entre ambos momentos que o bien son prácticamente indistinguibles o bien son el mismo; sin embargo, ahora da igual la génesis: como hacia el dios de Espinoza, su enunciación produce.
- 9.3. Solo los lenguajes formales son capaces de competir por la descripción del mundo. Ningún otro lenguaje es capaz de generar un discurso que acerque tanto enunciado y producción.
- 9.4. Son los lenguajes formales, su eficiencia en la transformación real del mundo, los que mantienen en pie el resto de lenguajes a los que aún atribuimos sentido. La ciencia y el capitalismo, en sus vertientes de “producción de verdad y de bienes”, aún lo siguen siendo porque el mundo . Es la paradoja de un mundo-hecho. El mundo que no requiere explicación, sentido para continuar ejecutándose entroniza dos lenguajes a los que confía la creación de sentido. Dos lenguajes en los que, además, se apoya para seguir profundizando su capacidad de ejecución sobre el mundo. En un mundo el que el sentido, la idea de sentido, carece de interés, y por tanto de sentido, lenguajes como la ciencia y el capitalismo

Todo lenguaje en el mundo-hecho designa para lo que es mientras oculta –o ignora– qué es.

10. El mundo-hecho sólo contesta “sí”. Y no admite la duda.
- Sólo la positividad es posible en el mundo-hecho. No cabe otra fórmula. No cabe otra respuesta.
- 10.1. Como un niño educado bajo una luz eterna. Iluminado las 24 horas del día durante todos los días de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte. Como si el rayo de Heráclito durara una eternidad y su luz lo gobernara todo por siempre y sin sombra alguna.
11. O, dicho de otra forma, del mundo-hecho sólo se puede decir que es pragmático.
- 11.1. Pero no es llamado pragmático porque el pragmatismo haya hecho al mundo, sino porque el mundo ha sido hecho se dice que es pragmático. Esto es, no lo es porque el mundo sea pragmático; sino porque el mundo es, es pragmático. Cualquier otro mundo también lo sería, por el mero hecho de serlo.

- 11.2. La justificación de lo que sea por sus efectos sólo puede hacerla el beneficiado, o al menos el no perjudicado, por los mismos. Sólo quien reside en el privilegio de los efectos puede ser pragmático. Entre los americanos abundan los pragmáticos; entre los pobres, menos.
- 11.3. ¿Cómo no va a ser pragmático aquel al que todo le va bien? De hecho, el pragmatismo debería ser algo a evitar, sobre todo por aquellos que navegan a favor de corriente. Eludir el pragmatismo deviene un acto de decencia.
- 11.4. El pragmático es el que ha aceptado el mundo-hecho, quien vive insertado como si fuera dado.

12. El mundo que habita el ser humano es el mundo-hecho.

- 12.1. No podía ser de otra manera.
- 12.2. Un mundo hecho a su medida, por sí mismo y para sí mismo.
- 12.3. Siempre lo ha hecho; la diferencia estriba en que hoy el mundo dado ha sido sepultado. Oculto, imperceptible a la mirada, el mundo dado ya no es el caso. La fenomenología ha sucumbido también a lo hecho: a partir de ese instante se rompe la conexión entre lo humano y lo dado. O, dicho de otra manera, hasta hoy el humano vivía en el mundo dado y habitaba el mundo-hecho (el mundo del lenguaje y los objetos): hoy esa dicotomía se rompe y la experiencia de vida coincide con el lugar de habitación.

Sin embargo, esa vieja dicotomía, al disolverse en el mundo-hecho genera una nueva: la experiencia de vida sucede entre los objetos-en-sí que pueblan el mundo-hecho mientras que el lugar habitado se encuentra en la información que genera el actuar en éste.

- 12.4. ¿Significa esto que ya no existe el mundo dado? Sí. ¿Pero no existen los árboles, las ardillas y los gorriones? Sí. Pero para el humano ya no son partes, objetos de lo dado sino que se relaciona con ellos como si fueran partes, objetos de lo hecho. Toda relación con el mundo está mediada por la pertenencia del sujeto al mundo-hecho: árboles, ardillas y gorriones están ahí como lo están los coches, los sistemas de riego por goteo o las antenas parabólicas: para cumplir una función. No en vano, árboles, ardillas y gorriones son administrados, gestionados y resueltos como coches, sistemas de riego o antenas parabólicas. La existencia en la nueva dicotomía es incompatible con la existencia en la vieja.
- 12.4.1. Que no caiga en la cuenta de ello, que se ha producido una sustitución en la dicotomía sobre la que el ser humano construye su vida, se debe a una confusión. El humano tiende a confundir lo que está-ahí con lo dado. Cuando no son lo mismo. El mundo-hecho está-ahí, pero no es lo dado. Esta confusión, además, genera un curioso trasiego de atributos, por el que las cualidades de uno son adscritas al otro de forma inmediata. Entendemos lo dado como inmanente, y adjudicamos esta atribución a lo que está ahí, sin más distingos, sin advertir la contingencia del estar-ahí. Por eso, califica a lo que

está-ahí como irremisible, prácticamente irrefutable, simplemente porque lo entiende como dado, no como que está-ahí.

Este es el motivo por el que el humano –que sean todos, unos pocos o una mayoría más o menos amplia, es indiferente– que hoy habita el mundo-hecho cree vivir en el mundo dado: si lo que está-ahí es lo dado, todo lo que está-ahí tiene que ser dado. Como esos chiquillos que, de excursión en una granja, se sorprenden al descubrir que la leche viene de la vaca y no del envase que da sentido a sus neveras, el humano vive confundido entre ontologías, en un eterno error categorial.

12.4.1.1. Las consecuencias políticas de esto son enormes, por ejemplo: tendemos a aceptar lo que está ahí como dado, y por tanto, inamovible.

12.4.2. Pero, se dirá, ¿no hemos vivido siempre anejados del mundo dado? ¿No era esta una de las resueltas del lenguaje? De ser así, la dicotomía no existe y, mucho menos, el error categorial. Es cierto que el ser humano siempre ha habitado un mundo cuya realidad estaba mediada por el lenguaje –esta, como bien enunciaba la pregunta, es una de las características del lenguaje–, pero éste encontraba una base de apoyo en la realidad, que eran muchos de ellos dados, su gran mayoría, y desde el lenguaje el humano operaba bien que mal con la realidad. Había una concatenación conceptual que anclaba la experiencia de habitar el mundo dado con el mundo objeto dado: la realidad, entonces lo dado, estaba compuesta por objetos dados que fundamentaban y limitaban el campo semántico –al ser la semántica, de todos los atributos constitutivos del lenguaje, el nexo de unión entre el lenguaje y la realidad (estar-ahí).

objeto dado ← lenguaje ← realidad ← mundo dado

Una idea que llevaría casi al paroxismo aquella vieja filosofía analítica cuando afirmaba que “vivimos en el lenguaje”. O, dicho de otra manera, el ser humano podía vivir todas las posibilidades expresadas por el lenguaje, pero al mismo tiempo estaba limitado por ellas que, a su vez, estaban limitadas en última instancia por los objetos dados.

El mundo-hecho altera el resultado de la ecuación, al sustituir el primer elemento, el objeto dado, por el objeto hecho. Y este, al emanciparse de lo dado y residir únicamente en el estar-ahí, rompe la cadena de fundamentación semántica y, con ella, los límites para la expresión de lo vivible: lo vivible pierde relación con lo dado y, a su vez, pierde los límites de lo dado.

objeto hecho ← lenguaje ← realidad ← mundo hecho

Si todo es hecho, todo es posible de ser hecho. Lo inmanente se torna en contingente – en teoría, al menos. Precisamente porque el estar-ahí del mundo está constituido exclusivamente de objetos hechos, todo, en principio, es posible en el mundo-hecho.

12.4.2.1. Quizá. Y es quizá porque no sería extraño que, en un retruécano dialéctico, el efecto del mundo-hecho fuera exactamente el contrario: la abulia. Y es que en un mundo en el que las posibilidades de acción son infinitas no sería extraño que acabara aboliendo la acción. Donde todo es posible nada es la primera posibilidad de todo. La contingencia absoluta puede no suceder absolutamente. O, dicho de manera aún más críptica: Si la libertad fuera absoluta no haríamos absolutamente nada.

Prueba de todo esta confusión es eso que ahora llaman Inteligencia Artificial. Como si la inteligencia no hubiera sido siempre artificial. Incluso la animal.

12.5. El ser humano ha hecho del mundo un aeropuerto. Aires acondicionados perpetuos, iluminación artificial eterna e infinitos suelos encerados y resplandecientes han sido multiplicados hasta alcanzar todos los rincones del mundo –no en vano, en todos los rincones del mundo hay un aeropuerto. Cuánto más se estrecha el mundo más se iguala, quizá como consecuencia de esa incapacidad para la gestión de tal volumen de información. Quizá un ser humano sea incapaz de gestionar el choque que supondría estar en tres días en ciudades tan distintas como Osaka, Nairobi o Tennessee y por eso necesita la continuidad que suponen aeropuertos, centros comerciales y cadenas de hamburgueserías. Quizá, pero no: no todos los seres humanos viajan con tanta frecuencia.

Sin embargo, el mundo cada día es más incomprensible. El ritmo de igualación es menor al de generación de nueva información. Igualación del mundo y generación de nueva información amenazan con una eterna carrera armamentística que, de momento, gana la nueva información. Y quizá sea así para siempre: es lo que tiene la información, que es más fácil de operar que no el mundo y sus objetos.

12.5.1. E, incansable en su transformación, el humano hace los aeropuertos centros comerciales. Y, de estos, hará otra cosa. El fin no es sino la transformación-en-sí. El resultado, dado que es operable por ser hecho, es irrelevante sino como la apertura de posibilidades de una nueva transformación.

12.6. La no pertenencia a lo dado es incomparable con la no pertenencia al mundo-hecho. Ajeno y enajenado, extraño y extrañado son epítetos aplicables a ambos mundos, pero su efecto es radicalmente distinto.

12.7. ¿Cuándo se produjo la transición del mundo dado al mundo-hecho?

Se podría decir que hoy el humano habita los restos de un naufragio, los deshechos que la marea a dejado desperdigados por la orilla. El humano vive la resaca, cada vez más débil, del mundo dado. Vive las postrimerías del fin del mundo, del dado al menos. Cuando la transformación del mundo se centraba, fundamentalmente, en el mantenimiento de su Vida, dada. Hoy, la transformación se centra en lo mundo. Y por eso es hecho. Sí, pero ¿cuándo sucedió? Seguramente se produjo de forma paulatina, pero si hubiera que buscar un momento que testimonie el fin de la esperanza de la transformación de la Vida quizá

haya que buscar entre las cenizas de los crematorios de los campos de concentración y las provocadas por las detonaciones de Hiroshima y Nagasaki.

Dos eventos históricos, uno cerraba una época y otro inauguraba otra: el primero terminaba con la idea de que lo transformable es la Vida; el segundo, que lo transformable es el Mundo.

13. Hoy, cuando lo dado se limita a ser, el mundo-hecho se manifiesta como eminentemente moral. En su existir define una forma de habitarlo.

14. El habitar en el mundo-hecho del ser humano es el uso. El hacer en el mundo-hecho implica el usar.

Esa es la respuesta, y la responsabilidad, del humano ante el reto de mantener lo hecho.

14.1. Habitar el mundo-hecho exige un modo de habitar el mundo. Y ese modo es el uso. Y del uso ha hecho trabajo. El humano se ha condenado a hacer uso. Todo en el mundo-hecho es para ser usado y, así, la profusión de objetos, su producción, gestión y logística, así como su acceso, son las actividades a las que más tiempo, esfuerzo y energía dedica el ser humano. Nunca la humanidad había dedicado tanto tiempo a nada. Nunca en la Historia. Ninguna empresa, ninguna conquista, ninguna fe había exigido al ser humano la dedicación que demanda habitar el mundo-hecho.

14.2. La superabundancia de objetos ha hecho que éstos hayan perdido su inocencia, si es que alguna vez lo fueron. Nunca el humano se centró tanto en el mundo. Por eso hoy es un reflejo, la sombra de la mano que lo ha construido.

14.3. La política aristotélica, aquel espacio en que el humano se construía con los demás, ha sido sustituida por el uso en el mundo-hecho. De un espacio caracterizado por la toma conjunta de decisiones de gobierno a un espacio gobernado por la ejecución de tareas.

El contrato de uso, enmascarado como contrato laboral, ha sustituido a cualquier otro contrato social.

14.4. Quien gestiona el contrato de uso gestiona el acceso a la nueva esfera política. Quien administra el contrato laboral administra el modo de ejecución de las tareas. Quien otorga el contrato social otorga el derecho de pertenencia al mundo-hecho. El único modo de ingresar en el mismo.

Como una hormigonera, cuyo tambor gira perenne para que no se compacte la carga. El humano hoy es el motor de ese giro, y anhela ser liberado de esa carga. Hoy, ese sueño y temor, lo encarna el robot.

15. En el mundo-hecho es el reino de la asepsia.

Todo está envuelto, envasado y enlatado. Los alimentos sólo se pueden presentar envasados al vacío; y cuando no, se envuelven simulando el envasado al vacío. Así sucede con los alimentos, que han sido escondidos dentro de un envase, plastificados, para que nada los contamine, sí, pero también para que no contaminen nada. Todos esos envoltorios de plástico o aluminio son una barrera de entrada, pero también de salida. Así, el objeto comestible está encerrado herméticamente bajo la llave de un abre fácil para que, ni siquiera, la vista pueda atisbarlo. Cuando el humano abre una despensa o una nevera no ve alimentos, ve envases. Botes, blisters, latas y, sobre todo, etiquetas. Muchas etiquetas. Y ahí, celebrando que se enciende la luz de frigorífico al abrirlo, gritan desde sus diseños estridentes y sus tipografías coloridas, animando al humano a que lo abra. Porque, como en una cadena de compartimentos estancos que contienen otros compartimentos estancos, ese objeto comestible imperceptible se encierra en un envase que es encerrado, a su vez, en otro envase que es el frigorífico. Como si la asepsia de envases y envoltorios no fuera suficiente, el cierre por succión del electrodoméstico impide que, no ya que no se vea el contenido (¿por qué las neveras no son transparentes?), sino que ni siquiera huela.

15.1. Pero también sucede con el humano. La ropa y su tallaje definen la cantidad de cuerpo que uno se puede permitir.

15.2. La asepsia también es retroactiva. Tan asépticos son los alimentos que no sólo esconden su procedencia –el niño que no sabe que el pescado que come ha sido, eso, pescado en el mar– sino que incluso esconden su sabor, su cualidad primera y motivo por el que los comemos: ese niño no sabría distinguir si eso que come es pescado, carne u hortalizas... todos ocultados tras el sabor químico a chuchería. La asepsia es, fundamentalmente, retroactiva; la asepsia es la negación de la pregunta por el origen: la asepsia es la imposibilidad de la pregunta por el origen.

15.3. La asepsia también es mnemotécnica. O lo será. Puesto que esta es la asepsia definitiva.

16. El mundo-hecho es estático. Aunque todo objeto está en movimiento no hacen sino anclar el mundo.

Incapaz de reproducirse a sí mismo, es incapaz de dar cambio alguno. Cualquier regeneración es imposible. Todo es lo mismo desde la implantación del mundo-hecho.

16.1. El mundo-hecho nació una vez y morirá una vez. Mantenerlo es el cometido, olímpico y titánico, que se ha encomendado al humano.

En el mundo-hecho todo es inerte. Todo está muerto en el mundo-hecho. Muerto, que no inmortal.

Esta es la diferencia fundamental que distingue lo dado de lo hecho el mundo. Lo hecho separa radicalmente al humano de las demás especies y de la Tierra. Lo dado se produce a sí mismo, y a ese producirse a sí mismo, el humano lo ha llamado vida. Lo dado, por el hecho de serlo, está vivo. Vivo entendido, como se prefiera, como lo orgánico o como metáfora para señalar algo más

allá de lo orgánico. La vida es un requerimiento *sine qua non* de lo dado para darse. Si no, no se habría dado, no habría podido darse. Ni hubiera tenido a quien darse.

- 16.2. La hegemonía de lo muerto hace del mundo-hecho un lugar con un tiempo diferente, quizá sin tiempo; en el que éste no se define en relación con el transcurrir de las cosas y del todo y del cambio de las mismas cosas y del mismo sino con el permanecer monolítico de lo hecho.

¿En qué momento se produce la transición entre lo dado y el mundo-hecho? No hay un momento. Hay muchos momentos. Como el Big Bang, que es una metáfora del aprovisionamiento de muchos pequeños cambios infinitesimales que escapan a nuestra comprensión y, por eso, que nos vemos obligados a entenderlo como un único evento, una gran explosión de cambio, el cambio es la percepción de multitud de cambios imperceptibles. Así, la transición se dio en la cámara de gas; se dio en los laboratorios donde se descubrieron los polímeros industriales; se dio durante la primera emisión de televisión; se dio con el primer satélite geoestacionario. Se dio en muchos sitios casi al mismo tiempo. Se dio, en una palabra, cuando el humano descubrió la realidad de la epistemología. El conocimiento, entonces, lo fue por su capacidad de influir en el mundo. Y a eso lo llamó ciencia; y de eso comió durante tres siglos.

- 16.3. Todo lo inerte requiere mantenimiento. Nada muerto es capaz de mantenerse fiel a la idea de sí mismo por mucho tiempo. El trabajo no va a desaparecer. Es más, va a hacer más falta que nunca porque el mundo-hecho es incapaz de auto-regenerarse.
- 16.4. El mundo-hecho muerto preconiza la muerte del mundo-hecho. Que pueda auto-regenerarse, o que su único mecanismo de auto-regeneración seamos nosotros, impide la propia vida futura del mundo-hecho.
- 16.5. El mundo-hecho condena al humano al trabajo eterno. El trabajo es una condena, y cada vez lo será más. Marx tenía razón, aunque lo formuló mal: es irrelevante el precio, se construya a través del trabajo o no, pero el trabajo es fundamental, de ahí su continua depreciación. El trabajo es el bien supremo, mucho más que el capital, y por eso se ha convertido en lo más barato. La depreciación constante del trabajo es la prueba de ello. En la economía ya solo importa el trabajo, y por ello ha hecho que sea gratis, deshumanizado y escondido.
- 16.6. Si todos los objetos son iguales en el mundo-hecho, también lo son todos los trabajos y todos los usos de esos objetos. Y dado que en el mundo-hecho todos los actos son trabajo, ¡tal es el esfuerzo de mantenimiento que requiere!, todos los actos son el mismo, las formas y los modos de la acción convergen en uno.
- 16.7. Mientras el mundo-hecho sea inerte el humano se negará a aceptarlo como dado. Y se rebelará contra ese mundo.
- 16.8. El mundo-hecho es estéril, y no sólo porque el mundo-hecho esté muerto, sino porque la eficiencia es fundamentalmente estéril. El mundo-hecho se hace con la eficiencia, y esta

sólo hace haciendo. Haciendo se hace a sí misma, y nada más. Casi, es posible afirmar, su hacer eficiente excluye la creación de cualquier otro algo.

El humano lleva todo el s XX pensando que la hecatombe sería ambiental, debida a los deshechos, cuando la hecatombe era lo hecho.

El mundo-hecho sólo puedo contestar sí porque en él todo es inerte. La respuesta afirmativa para el humano que pregunta sólo puede darse para el humano que extermina. La muerte es la condición de existencia de la positividad.

1. El tiempo de lo dado es imperfectivo. Existen anterioridad y posterioridad.
2. El tiempo del mundo-hecho es perfectivo. El tiempo no cabe en la predicación.

Como en un torneo, el humano quiere la muerte, y por eso anhela el mundo-hecho; y con él, sabedor de que es la única forma que tiene de sobrevivir, busca la muerte de lo dado. Pero lo dado es vida. Y no sólo la vida que mueve a vacas, leones y lobos. Lo dado es vida en sí mismo, lo dado vive porque habita en el tiempo, su vivir es un perdurar. Así, es vivo el río que fluye vigoroso un día, que otro cambia de cauce, que se seca y aparece en otro lugar al cabo de un tiempo alimentado por las lluvias. Es vivo, pero no lo es en la misma escala que la vida del humano. No se ciñe a esa estúpida ley que define la vida: “nacimiento, reproducción y muerte”. El río es vivo porque es, porque se produce a sí mismo; es, tanto da si Está o no, pero en su estar o no, sigue. Mientras que el humano necesita matar para vivir, el combate será. Y mientras el combate sea, el humano morirá. Pero eso necesita arrasar, arrasa para vivir.

En las ruinas nos reconoceremos.

17. En las ruinas del mundo-hecho, las únicas posibles.

Tanto es el apego del humano al mundo-hecho que todos los relatos apocalípticos se construyen sobre un mismo cataclismo: el colapso del mundo-hecho y la aparición de un espacio por donde erra y yerra el humano protagonista. Chernóbil se ha constituido así como el fondo de armario de todo desastre civilizatorio. Ya sea el paisaje ceniciento de *The Road*, la zona devastada de *Roadside Picnic* o la ciudad devorada por la jungla de *I am Legend*, el modelo de paisaje apocalíptico se repite una y otra vez. El mundo-hecho despoblado de humanos se convierte en vacío, casi como una representación de Google Maps, en la que hace buen tiempo y no hay habitante alguno.

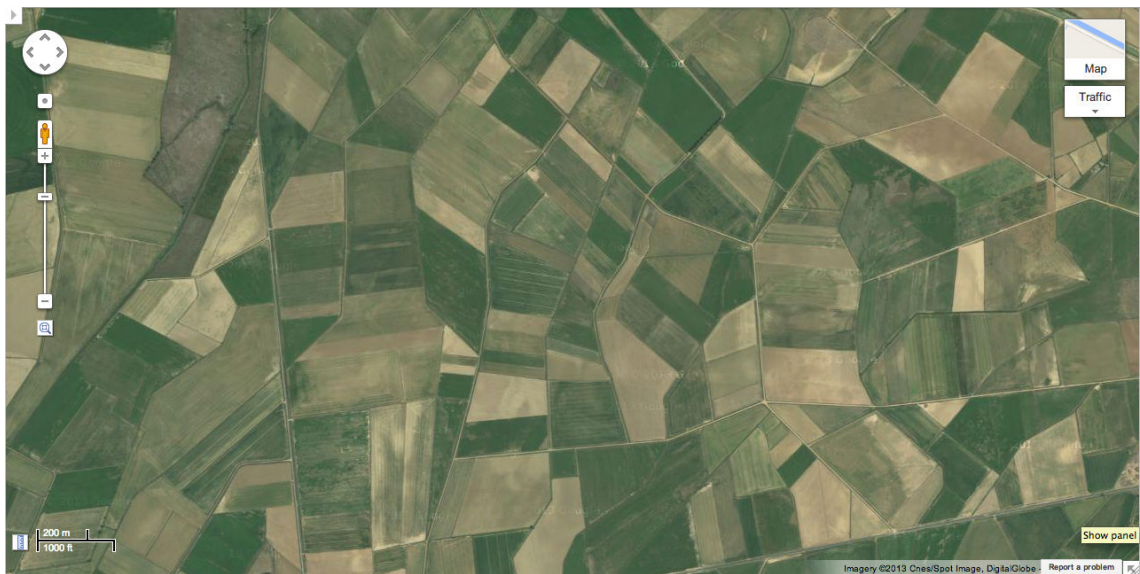
La muerte del mundo-hecho es nuestra muerte. Y nuestra muerte, la del mundo-hecho.

- 17.1. La reconquista del espacio-hecho por parte de lo dado es sinónimo de nuestra muerte, hasta ese punto se entrelaza el mundo-hecho con nuestro destino. La “naturaleza” recuperando su propio territorio no sólo es el relato de nuestra condena, también, y más fundamentalmente, es el relato de nuestra exclusión definitiva –entendida como la imposibilidad categórica, radical de nuestra inclusión– de la “naturaleza”.

18. El campo hasta el siglo XII:



El campo desde el Renacimiento:



El campo desde el siglo XX:



Un manto cubre los campos. De trigo primero, de plástico hoy, millones de hectáreas cultivadas

19. Debajo de esa alfombra se oculta el hambre. El hambre es cómo la percepción básica que tenemos, que podemos tener, del mundo dado.

O, dicho de otra forma, esa combinación de conocimiento, economía y tecnología de la que resulta el mundo-hecho es, en realidad, la huida del cuerpo.

El mundo-hecho es la huida del cuerpo. Al fin y al cabo es la muerte del cuerpo lo que nos mata (esta, quizá, sea la última frontera en la no aceptación de lo dado; y de momento está lejos...)

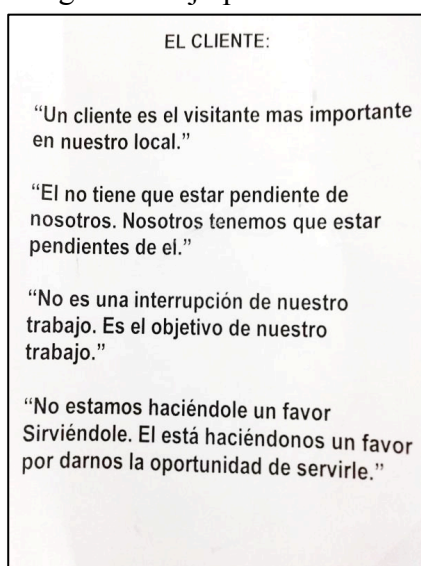
- 19.1. Tres mil años después de como huimos del paraíso, huyendo del cuerpo vestidos con hojas de parra.

El pánico al cuerpo como motor de la Historia. Al fin y al cabo la muerte es el motor de la Historia.

- 19.2. Basta levantar la alfombra que cubre el mundo dado para descubrir la mierda del mundo-hecho. Presenciar un combate encarnizado que ha durado siglos, y que aún no ha llegado a su último asalto. Quizá nunca llegue. Es la lucha entre el hambre secular y los esfuerzos e ingenios del humano por escapar de sus garras. Ha sido esa carrera desenfundada entre la inanición y la propia conservación la que ha terminado por enmoquetar el mundo. Con La Tierra alicatada hasta el techo, como los apartamentos suburbiales. Pero esa carrera no lo explica todo. La auto-conservación, que decían Horkheimer y Adorno, nos lanzó a conquista, al dominio de la naturaleza. O la sometíamos o nos sometía. Quizá; pero la auto-conservación se ha quedado muy lejos. Enterrada bajo la alfombra de tierras cultivadas con transgénicos que cubre buena parte del planeta.

20. El mundo-hecho comienza en el cuerpo. Así como en el mundo dado el cuerpo era parte de ese mundo, no había fronteras entre lo dado-mundo y lo dado-cuerpo, hoy la primera no frontera es el cuerpo-hecho. El cuerpo-hecho, cuya genealogía es tan antigua como la Historia pero que hoy la tecnología ha hecho de aquella ambición conceptual una realidad, es la primera constatación realizativa de que el humano y el mundo son extensiones de lo mismo. O, dicho de otro modo, la posibilidad de acción cuerpo-mundo abre infinitas posibilidades de transformación de la fisiología.
- 20.1. Y, por eso, quizá el cuerpo es hoy estéril. ¡Si hasta las semillas que, tratadas genéticamente, hay que regar con un potenciador para que germinen, son estériles!
- 20.2. El cuerpo ha sido enmendado para habitar el mundo-hecho. La ropa es, cada vez más, la prótesis necesaria para estar en el mundo-hecho. La moda trata al cuerpo como cualquier otra tecnología trata al mundo-hecho: lo administra y gestiona. La suela ergonómica que corrige la pisada del corredor de las zapatillas último modelo y última tecnología incrementa la eficiencia al mejorar la relación entre esfuerzo y rendimiento, sí, pero sobre todo rompe la causalidad entre la pisada, buena o mala, y sus efectos. El diseño de la suela evita cualquier dolor causado por la pisada deficiente. El contacto del cuerpo con el mundo-hecho no produce efecto alguno. Se han disociado. Y, mediante esa segregación, el cuerpo también se ha vuelto, si se quiere, estéril. Aséptico.
- 20.3. Siempre lo fue, una prótesis, pero mientras la moda remaba contra lo dado (el frío, la belleza o la pertenencia al grupo) no sometían al cuerpo a disciplina alguna (Corregir, porque el corsé está aquí) Suelas que corrigen la pisada,
21. El habitante del mundo-hecho es el cuerpo. El residente de este mundo es el cuerpo, nada más. El cuerpo-trabajador y su corolario el cuerpo-escaparate.

O como se expresa en una nota dejada, por uno de los encargados, en el vestuario de una gran cadena multinacional del regalo de bajo precio:



- 21.1. El sujeto no existe en el mundo-hecho porque el sujeto está inserto en el mundo-hecho. Fondo y forma coinciden, son lo mismo. Función y sujeto coinciden, son lo mismo.
- 21.2. La marca del lenguaje no distingue al sujeto del fondo. Porque sujeto es fondo para los lenguajes formales que describen el mundo-hecho. El sujeto es descrito-ejecutado mediante las mismas operaciones formales que el fondo.
- 21.3. Ese fondo se constituye como un gran cuerpo planetario. El humano existe sólo como integrante de un gran humano sincrónico y sincronizado. Sus movimientos, comienzo de todo hacer, regidos por los lenguajes formales, son regulares. Idénticos. Nunca tanta gente había hecho tantas cosas simultáneamente. La masa, informe por definición, ha dado un paso atrás para dejar lugar a un único cuerpo, un cuerpo único, quizá más armónico, coreográfico: el cuerpo-trabajador. Son tantos humanos y todos haciendo que es imposible ser el único hacedor de algo. La simultaneidad es la norma y el mecanismo de normalización. Y es universal.

Todos los cuerpos humanos realizan –hacen real– la única vida posible en el mundo-hecho.

Mucho-hecho y cuerpo humano son isomorfos.

- 21.4. Lo fenoménico es el único espacio posible del humano en el mundo-hecho. La percepción y su sensación es lo único que distingue al humano de lo hecho: el hecho de que perciba y lo sienta como tales, no de lo percibido y su contenido, que está absolutamente mediado por lo hecho: es más, lo percibido y su contenido han sido hechos, diseñados.

Todo lo que puebla el mundo-hecho es objeto. Nuestros cuerpos también.

El humano es producto del humano. Y hoy ese humano hace ya tiempo que dejó de habitar el mundo dado para ser instalado en el mundo-hecho.

- 22. El humano siempre ha hecho al humano. Y, ahora, hace mundo al humano. Es normal.